



Justo de la Cueva Alonso

A Alonso Muñoz, mi compañero muerto, con la promesa de vencer

Estaba andando, Alonso, compañero. Y andando he abierto la carta de Carlos. Y andando la he leído. Y andando he seguido, nublados los ojos de lágrimas, estrujado de súbito el corazón por la garra de la noticia de tu muerte.

Escribo ahora y siento en mi brazo el apretón de tu puño, tan fuerte. Y veo tu risa abierta inconfundible. Y escucho tu voz, la que durante horas desgranó tantas veces a mi hija niña en tus rodillas, la vieja, lenta, terrible historia de la lucha por la revolución socialista. Sobre mis renglones doloridos una niebla de llanto confunde la mía con tu limpia y clara letra. La letra inglesa de caligrafía perfecta con la que a mi lado escribiste cientos, miles, decenas de miles, de sobres clandestinos. La letra de la que estabas justamente orgulloso. La letra que aprendiste en la Casa del Pueblo de Vallecas, aquella casa que ayudaste con tus manos a construir siendo joven socialista. La letra que exhibiste tantas veces a los nuevos compañeros para ejemplarizarles el fruto de la liberación intelectual que aquella Casa hiciera a los jóvenes obreros. Entonces. «Antes de la guerra».

¡Ay Alonso! ¿qué se hace, que se puede hacer cuando se le muere a uno, así, por carta, un compañero?

Al comprobar fechas he sabido, Alonso, que el mismo día en que tu corazón se negaba a seguir funcionando estuve yo hablando de tí a mis compañeros de Euskadi. Hablando de tí, enseñando fotos viejas tuyas y mías, nuestras, de las luchas compartidas. Hablando de tí, de tus disparos y tus piedras y tus cárceles y tus sentencias franquistas de muerte que burlaste. De tus trabajos y tus días. De como aprendí de tí el estilo de trabajo en una ejecutiva clandestina. De como aprendí de tí hasta la forma correcta de levantar el puño en saludo socialista. De como tú y yo solos, guardadas las espaldas por Rufo y otro veterano, cojo y casi heroico tuerto, ya también muerto, salimos una tarde de 1976 a vocear «El Socialista» por la calle de Atocha para que las gentes supieran ¡ay que el viejo PSOE había vuelto a las calles!. De como tú y yo compartimos tantas veces en el mismo día la agitación y propaganda callejera, la siembra de panfletos, la labor de análisis teórico de la práctica, las decisiones de la ejecutiva y las lecciones a los nuevos reclutas. De como compartimos los inútiles intentos por impedir que nuestro PSOE, el PSOE madrileño de los revolucionarios como tú, fuera prostituido y convertido en instrumento del bloque de clases dominante.

Estabas tu muriendo, Alonso, y a cientos de kilómetros hablando yo de tí en Euskadi a otros revolucionarios. Explicándoles la única discrepancia que en años y años hemos tenido. La de que tu medio siglo largo de militancia revolucionaria en el PSOE te ha impedido, como a un pequeño puñado de veteranos como tú, reconocer que ese partido (mejor esas siglas), construido con sangre y lucha obrera, ha caído en manos del enemigo de clase. Reconocer que es una posición que la traición ha puesto en manos del enemigo y que, aunque aún queden dentro de ella compañeros que no han advertido la maniobra, es preciso corregir el tiro y disparar sobre ella.

Volveré a Madrid, Alonso, compañero. Volveré a Madrid dentro de unos días, libre aún espero. Iré a llevar unas flores a tu tumba con la bandera roja y la ikurriña. A cantar puño en alto en euskara la Internacional y el Eusko gudariak. A prometerte que venceremos.

A decirte que estamos venciendo ya, Alonso. Que esta Euskadi de 1983, como tu Madrid de 1936, es un rompeolas sobre el que rompe impotente la barbarie fascista. Que en esta Euskadi jóvenes y viejos, veteranos y reclutas recientes, bravas mujeres y tiernos hombres, luchan y mueren y vencen por su dignidad como pueblo, por su independencia como nación, por hacer la revolución socialista, para que nadie escupa sangre para que otros vivan mejor.

Venceremos, Alonso. Estamos venciendo ya. Se que has muerto sabiéndolo. Recuerdo el brillo de tus ojos cuando te contaba hace unos meses la lucha de Euskadi. Recuerdo tu abrazo.

Estaba andando, Alonso, cuando supe la noticia de tu muerte. Seguí andando. Sigo andando. Seguiré marchando fortalecido con el regalo de tu memoria. Seguiré marchando con tu recuerdo vivo en mi memoria. Hasta la victoria.

Y ya sabes que no es verdad que hayas muerto. Los revolucionarios de verdad, como tú, nunca mueren. Viven siempre mientras que haya, que siempre lo habrá, otros revolucionarios que sigan su lucha. Mientras que la clara presencia de su memoria añada fuerza a la fuerza de la liberación del hombre.

Hasta siempre, compañero. Hasta siempre, comandante. Hasta siempre Alonso. Hasta la victoria.